

En el marco del programa Escritores en las Bibliotecas el reconocido escritor, sociólogo y periodista Colombiano Alfredo Molano visitó la Biblioteca Pública Móvil (BPM) de Las Morras y el campamento de las FARC de Miravalle, en San Vicente del Caguán, Caquetá, con el objetivo de compartir con las personas de estas comunidades para fomentar el interés por la lectura en la población rural, impulsar la literatura colombiana, promover el acceso a los servicios de estas Bibliotecas y contribuir por medio de la lectura y la literatura en el proceso de reconciliación y paz que actualmente vive el país.

En su visita a la BPM, el escritor participó en dos encuentros: el primero fue un conversatorio, en la Biblioteca Pública de Las Morras, sobre temas relacionados con lectura, escritura, paz, ruralidad, reconciliación y posconflicto; el segundo, un taller y conversatorio en el Punto Transitorio de Normalización de Miravalle con los excombatientes de las FARC.

Como resultado de esta experiencia, Alfredo Molano escribió la siguiente crónica:

BIBLIOTECA MORRAS

Por ALFREDO MOLANO

LA REGIÓN

El aeropuerto de Florencia fue modernizado y puesto al día y se reinauguró después de la firma del acuerdo de las Farc con el Gobierno. Da la sensación de que Caquetá entró a la era de los centros comerciales. La carretera a San Vicente, primera capital del departamento está pavimentada, pero continúan los seis o siete retenes militares, algunos con tanques de guerra, que están hoy siendo invadidos por la feraz vegetación de la Amazonia. Los grandes y soberbios caganunchales, las poderosas ceibas y los generosos samanes sobresalen como testigos de la selva que fue y que hoy están rodeados de potreros. La ganadería ocupa 1.200.000 hectáreas en las que pastan 513.990 reses; semanalmente de la región se sacan 400 toneladas de “queso costeño” y otras 400 de “queso crema”. Hacia el suroriente, en el medio y el bajo Caguán, los cultivos de coca están creciendo debido a que las Farc ya no controlan su expansión; de todas maneras, la coca hace un gran aporte a la economía

regional. Los acuerdos de La Habana han dado luz verde a la inversión regional y han desatado también un agresivo derribe de selva con miras a reclamar posteriormente títulos de propiedad. No son sólo aserradores, tampoco sólo colonos los que están corriendo la frontera agrícola; son sobre todo empresarios y comerciantes que buscan valorizar con el título los baldíos que hoy invaden sin que alguna autoridad los detenga.

San Vicente tiene unos 40.000 habitantes. Es un pueblo próspero y activo gobernado por el Centro Democrático, donde han sido asesinados dos dirigentes campesinos pese a la vigilancia del Batallón Cazadores. Se dice que los frentes disidentes de las Farc están también en plena expansión desde el Guaviare y tienen presencia en Cartagena del Chairá y Remolinos. El hecho de que alias Kadete haya desertado en esta zona, muestra la presencia de la que se autodenomina Nueva Guerrilla.

El Caguán prestó su nombre a los diálogos frustrados entre el gobierno de Pastrana y las Farc entre 1998 y 2002 y estigmatizó la región. Cuando en el país se habla del Caguán saltan las imágenes de una Ingrid encadenada, del ataque de la guerrilla al Ejército en El Billar o del reclutamiento de niños. San Vicente fue fundado un año antes de comenzar la guerra de los Mil Días (1898), por un fraile capuchino y varios negociantes en caucho huilenses. La colonización inicial fue impulsada por ganaderos de Huila agrupados en la Sociedad Colonizadora del Caguán, que contrató a sirgueros y quineros en quiebra para tumbiar selva y hacer potreros. Hoy los 150 kilómetros que hay entre Florencia y San Vicente son un enorme potrero que araña el piedemonte y se extiende aguas abajo de los ríos que nacen en la cordillera.

Una de las Bibliotecas Públicas Móviles del Ministerio de Cultura de Colombia se organizó en la vereda de Morras, a unos 25 kilómetros de San Vicente, sobre la carretera a Neiva, vía Balsillas. Fue el antiguo camino ganadero que unía dos enormes propiedades de la familia Perdomo-Lara. El ganado se levantaba en la hacienda Caquetania, los llanos del Yarí y se subía a reponer en la hacienda Balsillas, situada en el lomo de la cordillera, para venderse en Neiva y el Guamo. Morras es una vereda de la gran cuenca del río Pato, un nombre que se asocia con el de República Independiente desde cuando Álvaro Gómez Hurtado en 1962 la sindicó de serlo junto a Marquetalia, Guayabero, el Ariari y Sumapaz.

La colonización del Pato comenzó con los recolectores de quina y los explotadores de caucho a fines del siglo XIX. En los años 1950 llegaron

contingentes de campesinos expulsados de Sumapaz y del sur de Tolima por las operaciones militares contra las guerrillas comandadas por Manuel Marulanda y Juan de la Cruz Varela. Emigraciones organizadas por los insurgentes como repliegues militares, pero también como marchas campesinas, para refugiarse en las selvas. Así las guerrillas se convirtieron en una fuerza que colonizó y pobló la región. Digamos que El Pato, como colonización, es hija de los bombardeos de Villarrica en 1955 y Marquetalia en 1964. En 1981 el Ejército bombardeó la región, lo que fue respondido por los colonos con una gran marcha sobre Neiva que se alojó en el estadio municipal y denunció las atrocidades contra la población civil. Eran los días del Estatuto de Seguridad. Sobre este episodio escribí un pequeño libro titulado *Los Bombardeos del Pato*¹

Los colonos continuaron tumbando monte para hacer mejoras. Vivían del maíz, del fríjol, del plátano. En 1991, el día de las elecciones de constituyentes, el gobierno de Gaviria, siendo ministro Rafael Pardo, bombardeó la sede del Secretariado como jugada para impedir a la insurgencia hacer parte de la constituyente que redactó la carta del 91. Gran parte de los frentes guerrilleros del llamado Bloque Oriental se movilizaron hacia el Pato, donde el Ejército no pudo derrotarlos. En 1998 los campesinos crearon la Reserva Campesina de Pato-Guayabal, amparados por la Ley 160 de 1994 y financiada por el Banco Mundial. Uribe desconoció la Reserva y la acusó de ser una organización de la guerrilla comunista. La confrontación militar ha sido una constante zozobra desde los años 1950 hasta el acuerdo de cese bilateral del fuego en 2016. Pese a todo, los colonos han abierto mejoras, han construido sus casas y han hecho sus fincas. Manuel Marulanda murió en la región y está enterrado en ella.

MIRAVALLS

Entre el caserío de Guayabal y San Vicente está la región llamada Miravalles, un nombre muy válido para un sitio desde donde se mira el parteaguas entre la Amazonia, el río Caguán al sur, y la Orinoquia al norte, donde se alcanza a divisar la cuenca del río Guayabero. En la amplitud del paisaje que se abre desde allí queda la sede de la Zona Veredal de Transición y Normalización que aloja a la columna móvil Teófilo Forero, de las Farc, cuyo comandante fue Óscar Montero, el Paisa, un jefe tan respetado por los guerrilleros como temido por la fuerza pública y odiado por la opinión pública. La Teófilo, como se le conoce en la región, ha sido acusada del secuestro del senador Géchem cerca de Neiva en 2002, que dio lugar al rompimiento de las negociaciones del Caguán, y también del atentado al Club El Nogal, durante el

¹ Alfredo Molano, *Los Bombardeos del Pato*

gobierno de Uribe, que causó las muertes de 36 personas. Es un hombre serio pero correcto en el trato, de pocas palabras, como se dice, que nos recibió con un almuerzo que incluyó un whisky de entrada y una Genovesa, el postre que tanto gusta a los antioqueños. No permitió que lo grabáramos, pero nos relató con lujo de detalles la toma de las cárceles de Neiva y Florencia para rescatar a guerrilleros presos en operativos que le dieron gran fama en la guerrillerada. Le disparó varios tatucos a Uribe en el aeropuerto de Neiva.

También habló detalladamente sobre el incumplimiento del Gobierno en el camino de implementación de los acuerdos, sobre todo en la construcción y la dotación de los campamentos. Como en muchas otras Zonas Veredales, muchos guerrilleros todavía viven en sus cambuches de campaña, hechos con plástico y mimetizados en el monte. Afirma que la guerrilla ha cumplido rigurosamente los acuerdos mientras que el Gobierno, por incompetencia o cálculo político, lo ha hecho a medias. El hecho ha causado una cierta desmoralización en la guerrilla que se ha podido paliar con la enorme confianza que tienen los guerrilleros en sus mandos. La ZV Comandante Chaparro ha presentado numerosas iniciativas en el proceso de implementación, sobre todo en temas sociales y económicos. Los guerrilleros han aprendido a llenar los complicados formatos exigidos por la administración pública, pero no han llegado a iniciar ningún proyecto. Los mandos piensan que en las pocas hectáreas que el Gobierno arrendó para el campamento se podría producir pescado, pollo, huevos, carne de cerdo y conejo para comercializar por intermedio de Ecomún, la empresa solidaria que acaban de fundar las Farc. El Paisa propone que Ecomún abastezca la demanda del ICBF y del INPEC. Sería un ejemplo dado por el Gobierno para que otras empresas les abran las puertas a los antiguos guerrilleros.

La preocupación por el incumplimiento en las construcciones corre pareja con otra: la capacitación. Los proyectos educativos de educación primaria y secundaria que elabora la Universidad Pedagógica para los exguerrilleros se han enredado en una discusión sobre el modelo educativo más conveniente. Mientras tanto, la financiación ofrecida para capacitación por el Consejo noruego está paralizada. Las becas para estudiar medicina en Cuba, los ofrecimientos de universidades e instituciones educativas están atascados y sobre todo, opina el Paisa, “Si no capacitamos a nuestra gente, los planes económicos que estamos haciendo terminarían manejados por funcionarios públicos”. Los guerrilleros hacen reales esfuerzos por alfabetizarse y por mejorar sus técnicas agropecuarias, pero el mercado exige eficiencia y por tanto nuevas técnicas de producción. Han logrado crear una biblioteca muy pobre con

libros técnicos y unos pocos de literatura y humanidades. Desde el cese bilateral del fuego tienen más tiempo para leer y para actividades lúdicas como teatro y música. Una biblioteca más completa sería una gran ayuda para apoyar complementariamente los planes de capacitación previstos.

La cuestión hoy, después de nueve meses de concentración en la zona veredal, es la siguiente: la guerrillerada necesita entrar a la sociedad y para ello requiere capacitarse para desarrollar proyectos productivos solidarios que le permitan mantener su cohesión como grupo. Las Farc han cumplido todos los requisitos exigidos por los acuerdos sin que el Gobierno haga lo mismo. No es claro que el incumplimiento del Estado sea un mero efecto de su pesadez burocrática. Puede, por el contrario, responder a una estrategia que busca atomizar a las guerrillas y obligarlas a una reintegración individual y no colectiva como ellas se lo proponen.

LA BIBLIOTECA

La biblioteca de Morras fue una de las primeras esperanzas nacidas del clima creado por la negociación de La Habana. Fue un lugar de acercamiento entre la comunidad y la sociedad civil alrededor de un tema sepultado por la guerra: los libros. Libros de historia, de literatura, de poesía, de geografía, de matemáticas; libros que le han permitido a los vecinos, y sobre todo a los niños de la vereda, fugarse del miedo con el que durante tanto tiempo el Estado sometió a los campesinos. El terror de los bombardeos se diluyó con un par de versos, una página de historia, un mapamundi. Toda actividad comunal anterior fue criatura de la zozobra, de la violencia, de la urgencia de protección. En la biblioteca nacieron una mirada distinta sobre el mundo, una perspectiva diferente sobre la vida, una relación nueva entre vecinos. Los libros permitieron la convergencia y en ellos se comenzó a vivir la reconciliación con una sociedad exterior considerada siempre enemiga. Para los niños de Morras lo que venía de afuera se anunciaba a balazos.

La comunidad nos recibió como si fuera un obispo quien llegara a caballo después de vadear ríos y de franquear barrizales. Un recibimiento preparado con esmero. Niños y niñas, maestras y profesores, reina de belleza y miembros de la junta de acción comunal nos dieron la bienvenida. Todos estaban vestidos, como se decía antes, con sus mejores galas. La guardia campesina, con chalecos verdes, bastón de mando y machetilla de 14 pulgadas cruzada en el pecho, nos saludó con un pequeño discurso preparado en el que decían que eran la nueva fuerza del orden civil nacido en la Zona de Reserva

Campesina. Se trata de una institución nueva, autónoma y seria que busca impedir que el vacío dejado por la guerrilla y por las fuerzas del orden impida que sea llenado por delincuentes. A renglón seguido nos fue ofrecido un baile donde una pareja de jóvenes bailaron un sanjuanero. Después entramos al salón principal de la escuela, estudiantes de distintos niveles y miembros de la comunidad.

Fui presentado por el director de la biblioteca de la vereda Morras, en términos muy obligantes referidos a mis trabajos sobre memoria oral. Los asistentes me parecieron interesados en saber de qué se trataban esas palabras, siempre un poco contradictorias. En el desarrollo de la reunión volví a sentirles la misma necesidad: ¿Qué es y para qué sirve la memoria oral? Preguntas que de verdad me inquietan después de haber dedicado buena parte de mi tiempo a recuperar y editar memorias orales de las zonas de conflicto armado. Hoy, cuando la guerra parece declinar, la pregunta es si la memoria sobre ella puede contribuir a fortalecer la aspiración de paz. Creo que sí y lo afirmo porque en mitad de la reunión apareció un campesino de edad, vestido de trabajo, sudoroso y agitado, con un sombrero que hacía pensar en un espantapájaros. Levantó la mano y dijo con una voz altiva pero aplomada: “Yo soy de Algeciras, allá me cogió la guerra cuando nos bombardearon. Estaba mirando una chocolatera que estaba “pepiando” cuando de golpe el bombazo. ¡Pareció que tierra se hubiera abierto! No se podía correr porque no se sabía dónde iba a caer la siguiente bomba. Después, cuando el Ejército y los chulavitas entraron, tocó salir para acá a tumbar monte y hacer un “varaentierra”. A mí me parece una injusticia terrible que esto siga como venía. Me parece que los niñitos como estos que veo y que me miran no deben vivir las mismas desgracias que nosotros vivimos. Ellos no tienen la culpa de nada, son inocentes. Pero sí debemos contarles lo que hemos vivido y lo que nos pasó, para que estén alertas y eviten que les sucedan nuestras desgracias”. Hizo un silencio largo que dejó esas palabras prendidas en el ambiente de respeto que crearon. Y después hubo un prolongado y muy sentido aplauso. Yo diría que su intervención creó un espíritu que se conservó durante toda la reunión.

No fue sólo la memoria oral lo que interesó a la comunidad, fueron también los libros como horizonte, la biblioteca como institución que puede contribuir a mirar más adelante, a tender lazos con otras realidades, a tender puentes con otras culturas. En el interés de saber cómo escribo residían las preguntas más fuertes: ¿Para qué escribo? ¿Para quién escribo? O, dicho de otra manera, ¿de qué está hecho un libro? Se quería saber si los libros respondían a la inquietud de poder evitar nuevos dolores: enfrentamientos, bombardeos,

asaltos, muertos, desapariciones, huidas. Las preguntas no eran sólo de los maestros o de los vecinos sino de los niños: los libros nos pueden divertir y enseñar, pero ¿ellos pueden ayudar a mirar el futuro como se mira desde Morras las llanuras del Caguán?

Joan:

El proceso de paz con las Farc es una nueva oportunidad de vida. Desde nuestro trabajo como bibliotecarios, nos proponemos transformarnos y ayudar a transformar la vereda a través de los libros que cuentan historias corrientes como puede ser la mía o la de cualquiera de nosotros. Yo viví en medio del conflicto, fui una víctima más que soñaba con que algún día viviríamos lo que hoy comenzamos a vivir. Hoy mis heridas sanan y mi corazón se restaura poco a poco. Quisiera preguntarle si la literatura y la escritura amplifican la voz de aquellos que por algún motivo han sido obligados al silencio.

AMB:

La historia no es sólo la que está en los libros guardados, en los anaqueles o en las bibliotecas. Nos han enseñado que la historia sólo la hacen los historiadores, gente especializada que ha estudiado mucho, que conoce de la historia antigua, la de Grecia, de Roma, el grito de Independencia, la batalla de Boyacá; la escrita por historiadores profesionales y por académicos. O la que se elabora con libretos interesados en oficinas institucionales, que es la que podríamos llamar historia oficial. Una historia cómplice y complaciente con el orden establecido y en el fondo, una apología del poder hegemónico.

La historia concreta es la que vive cada uno de nosotros. Todos tenemos historia y somos parte de la Historia con mayúscula. Ella reside en nuestra memoria individual y también en la colectiva. La historia no es sólo la de los generales, cardenales, presidentes o empresarios prósperos. La historia es la que cuenta o recuerda el ciudadano, el obrero, el campesino, el tendero, el guerrillero. La historia que nace de nuestra vida corriente. Es una historia viva y, por tanto, la que merece ser contada y hoy más que nunca reconstruida antes de que la sepulten o se borre con nuestra muerte.

Ustedes tienen el deber de recuperar esta historia, de sentarse con sus padres o abuelos para que les cuenten sus historias vivas. Hay que recuperar la tradición oral y volverla letra en algún momento y cuanto antes, mejor. Hemos perdido en esta guerra no sólo muchas vidas sino mucha memoria.

De otro lado nos han metido el cuento de que para escribir se debe escribir bien, correctamente, con elegancia. Es cierto que se deben respetar las reglas básicas de la gramática, pero la ortografía no es la memoria. El lenguaje hablado no tiene ortografía, tiene tonalidades. Debemos escribir como hablamos, con las mismas palabras con que nos comunicamos con el vecino, con la novia, con el hijo. Lo sencillo es de por sí bello. Así como hay una historia de la gente, hay una escritura de la gente. Un gran poeta español dijo: La forma más alta de la literatura es la de escribir como se habla. Se necesita bajarnos de la vergüenza de no escribir como Cervantes o como José Eustasio Rivera. Quitarnos la pena de escribir es acercarnos a saber cómo somos. Esa vergüenza es una cárcel, son las esposas con que nos amarran las manos para no escribir, son mordazas para que nos callemos y les demos las palabras a ellos, los que siempre nos han dominado y hablado por nosotros. Pero además ese miedo es también un miedo a conocernos, a saber quiénes somos.

Lizeth:

Hace tiempo fui líder en San Vicente del Caguán y de ahí surgió, entre otras cosas, la Red de amigos de la Biblioteca. En el 2015 nos ganamos el Premio Nacional de Bibliotecas Públicas. Viajamos hacia muchos lugares retirados de la cabecera municipal con la biblioteca pública, con la casa de la cultura, con diferentes eventos y actividades; estos recorridos transformaron nuestras formas de vida y de pensar. Escuchamos muchas historias, vimos otras perspectivas de lo que se está viviendo actualmente del proceso de paz y de recordamos aquellos sucesos que vivimos en medio del conflicto. En la época de la Zona de Distensión, San Vicente fue señalado como la patria del terror. Hoy estamos viviendo una muy buena época, ahora nos estamos reconociendo; nosotros mismos nos estamos encontrando en nuestros relatos e historias. Hemos aprendido de sus escritos que la mejor forma de conocer es escuchar, ¿Cuál es la mejor forma de llegar a los sitios para narrar la historia de nuestros colonos, nuestros ancestros? ¿Cuál es la importancia de venir, de conocer nuestras historias y narrarlas?

AMB:

Es muy bueno saber que ustedes hayan caminado su territorio con la Biblioteca Pública. Alguna vez un colono me dijo: “Doctor, para conocer hay que caminar”. Ha sido una regla de vida para mí. No es lo mismo volar de pueblo en pueblo que caminar de pueblo en pueblo. No es lo mismo andar

recorriendo la internet de sitio en sitio o de zapear canales de televisión que ir a mirar, a tocar, a vivir una región.

El solo hecho de caminar es conocer. En el ejercicio físico de caminar se prepara una disposición para mirar, para escuchar, para sentir. Es una condición para relacionarse con el paisaje, con la gente y hasta con uno mismo. Dijéramos que los sudores se entienden entre sí. Tenemos que abrirnos a las comunidades vecinas y a las comunidades lejanas; hablar con ellas, intercambiar y, sobre todo, oírlas. Recuerden ustedes, por ejemplo, que el maestro verdadero de Simón Bolívar fue Simón Rodríguez, que le enseñaba el mundo caminando, nadando, montando a caballo, sudando.

Oír es muy difícil, normalmente no oímos; dejamos que las cosas pasen porque uno tiene en la cabeza un censor, un temible juez que juzga, califica y dicta sentencias implacables sobre lo que ve, oye y siente. Oímos a ese juez y no a la gente con la que hablamos. Es un mecanismo automático que todos tenemos pero que debemos mirar, estar atentos a sus juicios para ponerlos en duda y, en la medida de lo posible, desecharlos. Para oír al otro y entenderlo tenemos que someter al juez. Esos “me parece” con que se mira y se oye deberíamos suprimirlos. ¿Podremos algún día mirar sin adjetivos? ¿Podremos dejar de lado ese pensar que esto es bonito, aquello es verdad, lo de más allá una mentira? Hay que por lo menos bajar el volumen con que hablan los jueces que llevamos adentro.

Ahora bien, usted me pregunta: ¿Y cuál es la importancia de esas historias que se pueden hacer escuchando a la gente?

El primer libro que escribí fue elaborado con historias y cuentos de los colonos en una marcha que hicimos entre el pueblo de La Macarena y Piñalito. Fueron tres días de camino, de barrial, de selva. Tomé nota escrita de muchos y otros, los grabé y con ese material escribí *Selva Adentro*. Lo que la gente cuenta es la materia prima de un relato. Son testimonios desordenados contados al calor de una caminata o de una velada. Hay que darles una cierta coherencia, un cierto orden porque si no, son como un río desbordado. Ya escritos los relatos, tuve la oportunidad de llevárselos a mis compañeros de camino y leímos juntos esas historias. Unos se mostraban sorprendidos, otros absortos, otros incrédulos, pero casi todos interesados en mirarse en ese espejo. Reconocerse es un acontecimiento. Soy, pero no soy. ¿Soy ese que oigo y veo? Todos sabemos mirarnos en un espejo y por eso ya el reflejo no nos inquieta. Pero cuando uno se ve retratado, reacciona. En los relatos que escribo la gente se mira y se

reconoce. Puede que a muchos no les guste su propia imagen, pero el veneno de que no somos lo que creemos queda sembrado. La gente se puede reconocer en las historias vivas. Así como recogí historias en la Macarena, lo he hecho en el Duda, en Caquetá, en Putumayo. Todas estas historias del piedemonte tienen algo común: la violencia, la huida, la tumba de monte, la coca, la guerra... Y si uno oye la de los colonos en el Magdalena Medio, en Urabá, en sur de Tolima, pasa lo mismo: todas tienen cosas parecidas. Es la historia patria verdadera. Los bisabuelos de los colonos de aquí vinieron de por allá y todo ese camino hecho de ilusiones y de luchas es casi el mismo de todos, hayan nacido en el río Catatumbo o en el río Mataje. En esos caminos recorridos se reconocen, aunque cada camino tenga sus propios paisajes. En esos hechos comunes y parecidos de sus historias es donde se reconocen, se toman posiciones y se hace conciencia de los que les ha pasado. Estas historias son como las trochas que van abriendo selvas. Con las historias de los campesinos en armas, de los colonos rebeldes, de toda la gente insurgente, se han abierto ventanas a la posibilidad de la reconciliación y de mejores relaciones entre todos nosotros. Es decir, se abren pequeñas rendijas que permiten entender un poco más la guerra que hemos vivido durante tantos años.

Manuela:

¿Cuál ha sido su mejor experiencia de escuchar y cómo ha influido en su vida personal?

AMB:

Una de las experiencias que más me han golpeado fue cuando fui al Guaviare con la Corporación del Araracuara, en el año 1980, cuando la colonización jalada por la coca empezaba; cuando los colonos estaban entrando, tumbando monte, construyendo mejoras, sembrando maíz. La gente se endeudaba con el comerciante para comer, para tener con que vestirse y con que trabajar, hasta perder su finca. Cuando llegó la coca se solventó un poco la situación. La coca fue entrando por las necesidades que la gente tenía; la coca fue la “expresión” de lo que la gente no tenía. Al comienzo, los cultivos eran secretos, estaban muy escondidos. Una vez vi que la gente llevaba entre sus mochilas unos colinos de una mata para mí desconocida y pregunté ¿y eso qué es? Se rieron de mí y alguno me dijo: coca. Quedé mudo. Volví a preguntar con ingenuidad: ¿Y de dónde la sacan? Cayó del cielo, me respondieron. Entonces me di cuenta del secreto de la agitación en los puertos del río Guayabero; de la cantidad de almacenes abarrotados de mercancías, de discotecas, de licoreras

con whisky y champaña, de la venta de plástico por kilómetros, de baldes de todos los tamaños de guadañadoras y motosierras. Y, claro está, de motores fuera de borda y de canecas de gasolina. ¡Era la bonanza! La gente se miraba alegre, segura, altiva y hasta pendenciera. El dinero da eso. Los colonos no sólo podían ahora comprar chan con chan, sino ahorrar. Y hasta, diría hoy, envenenarse de consumo. Podían defender las mejoras que habían hecho a pulso y volverlas fincas y además, exigir títulos para que no se las arrebataran los ganaderos como antes. Con la bonanza la gente aprendió también a defender sus derechos.

Sin embargo, en la corporación donde yo trabajaba estaba prohibido escribir sobre la coca. Los informes mostraban sólo el adelanto de la gente, sin contar el secreto. Mostraban que, por ejemplo, mejoraban la casa y en vez de *paroid* y madera, se comenzaba a usar el material, el cemento y el bloque. Es decir, tuve dos sorpresas: Primera, que la bonanza era fruto de la coca y, segunda, que ese factor desaparecía en los informes institucionales. En el fondo lo que pasaba era que si ese secreto se develaba, los proyectos de desarrollo que la entidad impulsaba carecían de mérito.

Róbinson:

Soy de 1997 y siempre he oído que esta zona del río Pato es violenta. Pero yo lo que encuentro es alegría y vida. Usted conoció esta región hace unos años y tuvo que ver con la Zona de Reserva Campesina. Cuéntenos cómo comenzó esa historia.

AMB:

En la década de los años 1980 hubo una gran movilización de colonos hacia San José del Guaviare, gente de Guayabero, del Cafre, del Duda, del Guéjar del Guape, del Cunimia porque el Gobierno quería sacarlos del parque, aunque en realidad quería criminalizarlos por cultivar coca. Eran los tiempos de los Acuerdos de La Uribe firmados entre las Farc y el Gobierno. Poco a poco se fueron agregando colonos de otras regiones: del Ariari, del Caguán, de El Pato, de Caquetá, porque fueron varias las movilizaciones. Los campesinos aceptaban dejar de sembrar coca y salirse de las áreas vedadas a cambio de lo que habían pedido siempre: tierra, créditos, vías, salud, educación. Pero con una experiencia salida de su historia: garantías de que los ganaderos y terratenientes no les quitaran las tierras. Entre otras, era esa una de las razones que los habían llevado a meterse a los nacionales de la Macarena: allí a los terratenientes no les interesaba invertir porque ahí el Gobierno no podía dar títulos de propiedad.

De esos raciocinios, nacidos de su experiencia histórica, nació la idea de unas zonas delimitadas que fueran adjudicadas como tierras exclusivamente trabajadas por campesinos. Así nació la idea de las ZRC, que en un comienzo se alcanzaron a llamar Resguardos Campesinos porque su función era resguardar a los colonos de la apetencia terrateniente. Durante el gobierno de Samper las ZRC echaron a andar con base en la Ley 160, firmada un par de días antes de su posesión como presidente, y fueron reglamentadas cuando los colonos de Putumayo y Caqueta se rebelaron contra la fumigación y se tomaron Mocoa y Florencia. Hubo muchos muertos.

En esa época Darío Fajardo trabajaba con la Corporación del Araracuara y yo en la Comisión de Paz y teníamos unos amigos en el Banco Mundial. Nos pusimos de acuerdo sobre la posibilidad de crear la primera ZRC y escogimos El Pato. Fuimos a hablar con la JAC Guayabal Pato, cuya comunidad era muy organizada, muy fuerte, muy afirmada. Convivía con la guerrilla y les propusimos que convirtieran la región en una ZRC; le sonó la idea pero nos mandaron a hablar primero con el Frente. En las afueras del pueblo, conversamos con Óscar Mondragón, un hombre serio que nos respondió: “Difícil, porque estamos en guerra contra el Gobierno y el Gobierno aquí no puede entrar”. Hoy el Punto de Normalización lleva su nombre. Luego hablamos con comandantes más altos – Alfonso Cano y Raúl Reyes– y ellos, que compartían la filosofía de la ZRC, aflojaron los tornillos y pudimos comenzar a trabajar. Se logró hacer obras como la sede de la ZRC, impulsar la organización de la comunidad, e inclusive se prepararon proyectos de desarrollo. Durante el despeje del Caguán se avanzó, pero al llegar Uribe al poder, se persiguieron las ZRC y se trató de anular la ley que las había creado. El Banco Mundial gastó cinco millones de dólares en la creación de otras ZRC como las de Calamar, Cabrera, Morales, y al terminar se retiró por la presión del gobierno de Uribe que las calificaba como Repúblicas Independientes y se sabe que esa bandera es la de la guerra.

En los Acuerdos de La Habana la figura volvió a tomar fuerza. Las zonas veredales de transición van a terminar en ZRC.

Pablo:

He tenido la experiencia en esta biblioteca de registrar y hacer memoria histórica. Uno de mis textos cuando salí de mi papel de docente y llegar aquí fue el siguiente:

Tus ojos agudizaron la mirada;

al develar la destrucción de tu calle a arena rojiza,

casas de madera de color

y narrativas de dolor

desaparecieron del paisaje historias grises

Aires de reconciliación

esperanzas de un vuelo blanco sobre la espesa selva

En la penumbra de su alma se le reveló que la paz es una ilusión y que no basta con dejar registro en medio de la guerra

La experiencia que he tuve en el Caguán fue profunda y marcó mi vida de maestro. Ahora, como bibliotecario aquí en Las Morras, me he propuesto la tarea de entusiasmar a la comunidad con la lectura. Quisiéramos saber cómo motivar más a los vecinos con la paz que estamos comenzando a vivir. Tenemos muchas esperanzas, pero también nubarrones de incertidumbre.

AMB:

Hay una experiencia en los procesos de paz anteriores a los acuerdos del gobierno de Barco con el M-19, con parte de EPL y con otros grupos guerrilleros como el Quintín Lame y el Ado: entregaron las armas a cambio de nada. Los casos más trágicos fueron los de los guerrilleros del Llano, Santander y Antioquia: todos sus comandantes terminaron asesinados. En la época de Betancur se creó la Unión Patriótica; se intentó hacer la paz cambiando armas por votos. En La Macarena, ese proceso empezó con muchas palomas pintadas, muchas palomas volando. Pero en la medida en que el proceso avanzaba, iban matando a la gente: 5.000 personas muertas. Los partidos tenían miedo a la participación electoral de la UP y a los militares no les servía el negocio por miedo a perder poder presupuesto. Por eso estos intereses acogieron con tanta gana al paramilitarismo.

En estas regiones del Ariari y Caguán se despejaron 40.000 km cuadrados, cinco municipios, para los diálogos. La guerrilla en los 1990 había crecido mucho, llegó a tener entre 60 y 65 frentes, 12.000 o 15.000 hombres y mujeres armados. Lograron crear un ejército convencional que hizo las acciones de Las Delicias, Patascoy, El Billar, Mitú y muchas otras. Era una guerra

básicamente de fusil a fusil: AK-47 contra Galiles. Casi un empate. El Estado no controló al paramilitarismo y el Gobierno lo fomentó. Fueron los días de las grandes masacres en todo el país. Por eso Marulanda le dijo a Pastrana: Amarre los perros si quiere llegar a algo. Y el Gobierno no amarró los perros, antes bien, los protegió. Mientras en la mesa de negociaciones no se avanzaba, en la embajada de Colombia en Washington se firmaba el Plan Colombia, redactado por el mismo Departamento de Estado y firmado por Pastrana sin ninguna enmienda. Nos echaron el cuento de que se trataba de mejorar escuelas y hacer puestos de salud, mientras lo que se hizo fue crear batallones, inclusive aéreos; vendernos uniformes y armas; reorganizar la inteligencia, y dotar a todas las fuerzas represivas de una altísima tecnología de punta. Al comenzar el gobierno de Pastrana, había 12 helicópteros y unos 120.000 hombres de pie de fuerza; al terminar, más de un centenar de helicópteros y unos 350.000 hombres. Con estas fuerzas, más las que consiguió Uribe, el Estado logró que la guerrilla percibiera que su objetivo principal, la toma del poder por las armas, se debilitara. La superioridad aérea fue el arma estratégica más importante en este proceso. ¿Cómo pelear con un fusil contra bombas inteligentes que aviones a 25.000 metros de altura soltaban con sorprendente precisión? Así se detuvo la idea de pasar a la guerra regular y de destruir el poder del establecimiento. En estas condiciones las Farc podían volviendo, como volvieron, a la guerra irregular, a la movilidad continua, al golpe sorpresivo, y, sin duda, podían durar muchos años más peleando, pero no tomarse el poder por las armas.

Campesino:

El día que nos respetemos las opiniones, ganamos los todos. Hay que comenzar por ahí: respetándonos lo que pensamos. Hablemos en serio, ¿para qué nos engañamos? Yo era un niño cuando ya le estaba huyendo a esta maldita guerra y sobreviví en medio de la guerra por la mano de Dios. No hablemos más de guerra de hoy en adelante porque así estos niños podrán crecer tranquilos. Nosotros los viejos ya nos orillamos, pero a estos niños les tocará seguir nadando.

Quiero recordar porque estoy aquí, hablando con ustedes. Un lunes por la tarde en Algeciras, bajando de una mula una carga de tomates, que era lo que cultivábamos y la comida que comíamos, se oyó pasar un avión que dizque era fantasma. Mentiras, si se veía volar y se oía cuando descargaba los bombazos. Estaba mirándonos. Por eso a las 4 de la madrugada soltó un alud grande de bombas que iluminaron toda la cordillera. Por Algeciras, que es la puerta de entrada a esta región, huimos con lo que teníamos puesto, que era nada. El

Caquetá le debe mucho al Huila porque por ese camino no llegamos sólo nosotros, por ahí corrieron también los que persiguieron en la violencia de los partidos, que comenzaron ellos en Bogotá tomando whisky y parados sobre alfombras. Ellos no pisan el pasto ni toman guarapo. Ellos no sabían que aquí en esta Colombia no hay hombres cobardes. Aquí lo que hay es gente que sabe morir por sus ideas. En ese camino me mataron un hijo que estaba en la guerrilla y sólo Dios y la Virgen saben dónde quedó su cadáver. Don Manuel no fue un hombre malo. A él le tocó hacerse guerrillero. La guerra que los gringos sostuvieron fue un negocio para ellos y no para nosotros, el pueblo de Colombia. Ellos les quitaron el pan de la boca a los niños para que compráramos las armas que nos vendían. Somos un país muy rico y ellos lo saben y por eso montan la guerra, que es un gran negocio. Esto es lo que debemos enseñarles a los niños porque es nuestra historia; la universidad se debe hacer en medio de los potreros y de los cultivos de maíz. Bueno, cuando había maíz porque ahora lo que hay es coca. El narcotráfico sería malo para el país, pero a mí me dio de comer. Daba más medio kilo de base de coca que llevar cargadas a la espalda 10 arrobas de café pergamino de exportación a venderlas en el Banco Cafetero. El que siembra café cosecha hambre.

Coordinador del proyecto de la biblioteca:

El proyecto que coordino en la Biblioteca Nacional debería tener más de 160 municipios, que son los que ha afectado la guerra. Es decir, más o menos 11.000 veredas. Nosotros apenas trabajamos en 20 veredas. ¿Usted qué caminos ve en relación con todas estas necesidades que tienen estas zonas rurales y cuál sería el verdadero papel que nosotros deberíamos cumplir allí para conectarnos con la comunidad y con las administraciones municipales?

Usted ha escrito varios libros sobre los orígenes de la Violencia; ahora cuando entramos en el posacuerdo, ¿qué escribirá?

AMB:

La biblioteca en abstracto es un logro de la humanidad que hoy se topa con un reto gigantesco: A la gente no le gusta leer, está reemplazando las palabras por las imágenes; el libro por el video, las letras por los emoticones. Inclusive la tecnología virtual está sacando del ring a la televisión y al cine. A la gente la han vuelto pasiva y la lectura requiere estar activo; es más cómodo y fácil sentarse a que le echen cosas por el cerebro que ponerse a leer un periódico. Y para rematar, a la gente le sacan toda su energía en el trabajo y apenas si tiene tiempo de reponerla. Vive de afán, trabaja en la casa, en el bus,

en el bar. Le roban cada vez más el tiempo para descansar y dormir. Hoy ya no son ocho horas para cada cosa; hoy la jornada real de trabajo se extiende a 16 horas.

Sin despreciar los medios audiovisuales, creo que hay que repensarlos porque son un medio muy poderoso para mostrar la realidad, inclusive en el trabajo de contar la historia de la gente. No es fácil, pero hay que mirar los trabajos de Víctor Gaviria, que cuenta historias reales de palabra viva con actores naturales que han vivido esas historias.

Creo que estas bibliotecas, además de alimentarse con los libros básicos de la historia del país, deben recoger la memoria de los habitantes de la región y su memoria geográfica. Son testimonios que de no recogerse se pierden para siempre como se perdieron la memoria de la guerra de los Mil Días y la de la Violencia del cincuenta. Con las historias orales escritas de los abuelos pueden aprender a leer los niños; con ellas se pueden organizar círculos de lectores que se conviertan a su vez en círculos de cosechadores de las memorias no sólo de los viejos, sino de la gente que sin necesidad de ser vieja o heroica teje día a día su propia historia. Los niños pueden contarles a otros niños la historia propia y la de sus papás y la de sus abuelos y crear así una gran cadena de memoria.

Estas historias orales pueden llegar a servir como un puente para mirar los demás libros que tienen que ver con el país, con el resto mundo, con la literatura, con la novela con la poesía. Se debe entusiasmar a la gente para que cuente sus historias grabándolas, discutiéndolas, elaborándolas, transcribiéndolas y difundiendo.

Yo le he seguido la huella a la guerrilla a través de la colonización desde hace muchos años. Casi todos mis libros tienen que ver con el conflicto armado y la ocupación territorial, pero ese camino se bifurca y cada uno de ellos vuelve a bifurcarse. La colonización lleva a la coca, a la guerrilla, al rebusque, a las cárceles. Así va brotando un gran mapa de la verdadera historia patria. Hoy tenemos a nuestro alcance la historia de los guerreros y no diría sólo la de los guerrilleros. Ojalá algún general o algún sargento fuera capaz de contar su historia con sinceridad y nos dijera cómo se monta un falso positivo. Ojalá algún guerrillero nos contara cómo participó en un secuestro, en una emboscada. Es difícil, pero no imposible.

Un profesor:

Hace unos diez años un amigo al que cariñosamente le decimos “Patadebomba” porque sus patas le pesan más de 95 kg, huyó de su pueblo y se estacionó en San Vicente del Caguán, o más exactamente en un parque donde echado en una hamaca lee a los niños sentados a su alrededor libros de todo género. Se inventó un programa que llama *Lectura al Parque*. Ni el gobierno municipal ni nadie le ha donado siquiera una resma de papel para ayudarlo. Quiero hacerle aquí un reconocimiento a Patadebomba y hacerle a usted una pregunta: ¿Cómo hacer para que haya muchos Patadebomba?

AMB:

Yo también me hago varias preguntas que no he podido resolver, ¿Cómo interesar a la gente en la lectura y también en la escritura? ¿Cómo hacer para que esas dos cosas no se divorcien?

De entrada, hay un grave problema: Los jóvenes no saben dónde están parados porque no conocen las dos dimensiones de la vida, la geografía y la historia; por tanto, tampoco tienen la dimensión del tiempo ni del espacio en que viven; si un individuo no sabe de dónde es sujeto, es un ser anónimo. Yo añadiría que también han liquidado la literatura, la pintura, la música, las artes, que son también una manera de mirar el mundo. Y no saben nada de geografía ni de historia ni de literatura porque la escuela les niega esas materias. Me parece que es un vacío deliberadamente creado para impedir una mirada crítica sobre la sociedad y sobre el sistema.

Creo que esas dimensiones básicas deben ser recuperadas en primer lugar en la escuela, pero las bibliotecas públicas pueden contribuir de manera muy importante en llenar esa ausencia.

En la época de López Pumarejo, entre 1934 y 1938, el ministro de educación creó la Biblioteca Aldeana, que repartió millones de libros de autores colombianos y universales en las escuelas públicas.

Sandra:

Desde su conocimiento de la historia y de lo que ha sucedido en este gobierno, ¿considera usted que el Estado se preparó para el posconflicto? ¿Podremos algún día exponer nuestras ideas sin que nos maten? Sabemos que esto es demorado, largo y duro; pero también, podríamos llegar a la desesperanza otra vez.

AMB:

Hay un punto en el que yo estoy absolutamente seguro: las FARC no se van a echar para atrás, pase lo que pase; están dispuestas a la actividad política y electoral cueste lo que cueste. Han repetido: Si no le teníamos miedo a la muerte en la guerra, menos vamos a tenerle miedo ahora. Hay inquietudes en la guerrilla, pero la guerrillerada confía en sus mandos porque –dicen– ellos nunca nos han fallado. También hay desconfianza en grandes de sectores del Ejército y algunos son fuertes enemigos declarados de la paz. Además, se está viendo que los espacios dejados por la guerrilla están siendo ocupados por otros grupos armados. A todo lo anterior se suma el mañoso incumplimiento del Estado. Un Estado que nunca en su historia ha logrado monopolizar las armas ni los tributos ni la justicia y, por tanto, no ha ejercido soberanía sobre el territorio. Surge así una gran pregunta: El nuestro es un Estado en gestación que reclama legitimidad sin poder imponerla. Surgen así preguntas gordas: ¿Puede el Estado asumir el orden en regiones donde la guerrilla ha dejado un vacío de poder? ¿Podría llegar el Estado a un acuerdo con la guerrilla sin armas para garantizar ese orden, o va a hacerlo con los paramilitares? ¿O se va a dividir entre un acuerdo y otro? ¿Qué función asumirá EE. UU. en la coyuntura del posacuerdo? ¿Terminaran los programas sociales como terminaron los que inició pero nunca terminó el Programa de Rehabilitación Nacional (PNR) durante los gobiernos de Barco y Gaviria, que terminaron aceitando las maquinarias electorales del gamonalismo?

Yo tengo la esperanza de que si los grupos guerrilleros logran convertirse en un movimiento político, estaremos cerca a la democracia. Nosotros vivimos en una democracia imperfecta y esta imperfección de nuestra democracia nace en la debilidad de la oposición, que al mismo tiempo transmite esa debilidad al Estado. El llamado Establecimiento ha reprimido –cuando no liquidado a bala– la oposición. Estrategia que lo ha llenado de plata pero no le ha permitido consolidar su poder porque siempre han surgido desafíos armados, políticos o no. Ya es hora de que surja un movimiento civil que haga oposición al establecimiento por fuera de él y no por dentro. Cuando eso exista –y ahora es la oportunidad–, habremos construido no sólo un Estado sino una democracia.

Javier:

Nosotros, los campesinos, estamos convencidos de que de las mismas dificultades creadas por el conflicto armado nacen las mejores ideas. Más aún, no necesitamos cantidades de policías ni militares para convivir en paz. Pienso

que las Juntas de Acción Comunal pueden ejercer en las veredas, en los barrios, un papel que haga innecesaria la represión y fortalezca la convivencia.

Quisiera agregar que es falso creer que antes no podíamos mover un dedo sin permiso de las Farc. Lo que hicimos ellas y nosotros fue establecer unas reglas para convivir en paz.

Yo estoy convencido de que este proceso va a salir adelante. La paz la estamos viviendo hoy. Ahora nos reunimos en El Pato para discutir proyectos y dar distintas opiniones; hace cinco años no podíamos andar después de las 6 de la tarde por miedo; uno veía un soldado y le daba temor por el trato que nos daban, por esa razón –digo– el Ejército nunca ganó la guerra

¿Qué piensa usted de la nueva dinámica política del país, de los países progresistas de Suramérica, y por qué las están tumbando?

AMB:

Hay que defender la paz y se defiende con organización; se tienen que fortalecer las veredas y los barrios porque es ahí donde nace el poder local. La vereda está madura para ser una unidad político-administrativa; debe tener una autoridad elegida, un presupuesto autónomo y unas normas de convivencia acordadas entre sus habitantes. Así se fortalecerían la democracia y el poder local y se defenderían los acuerdos con las guerrillas y con todas las organizaciones sociales. Se debe territorializar el poder por la vía de la vereda y la JAC es el instrumento más legítimo para administrar democráticamente un territorio.

Amelia:

¿Cuál sería su participación en el nuevo partido que se va a conformar?
¿Qué le aconsejaría a los jóvenes que quieren empezar a investigar en la región?

AMB:

Yo no he militado en ningún grupo ni movimiento; no por indiferencias o razones de carácter ideológico, sino porque no me mamo la autoridad. En la gente que ha vivido está naciendo una mirada distinta, inclusive está entendiendo lo que pasó. Lo que se ha logrado no resuelve los mil problemas acumulados, pero es lo que permitirá comenzar a resolverlos sin armas. Más

aún, es la posibilidad de andar sin el miedo a que nos vuelvan fantasmas, cadáveres o desaparecidos.

Un profesor:

“Este libro tiene, pues, aires y silencios de muchos lados. Lo escribí entre madrugadas y horizontes –que es casi lo mismo–, oyendo los dolores y las esperanzas de quienes me contaron su historia, que es una historia donde todos los colombianos podríamos reconocernos. Escuchar es una manera olvidada de mirar”. Molano (1994)

En el libro *A lomo de mula*, pareciera que no hubiera pasado el tiempo; parece que lo único cambiante fue que ahora tenemos internet; las trochas siguen siendo iguales, los problemas del campesino son los mismos. Lo que no cambia es el Estado.

AMB:

Claro que sí. La trocha sigue siendo igual, la gran diferencia es que ya se puede andar por ella. Yo prefiero las trochas a las vías G4.

Profesora:

Muchas instituciones educativas no enseñan ciencias sociales por miedo a que los estudiantes transformen su mentalidad, prácticamente les impiden conocer los grandes acontecimientos que han transformado la historia. Contra esa manera de enseñar hemos logrado en San Vicente del Caguán formar a un grupo de jóvenes para conocer lo nacional a partir del conocimiento de lo local, y de lo nacional aspiramos a entender lo global. Hacemos diversas actividades a partir de entrevistas directas con la gente de las localidades. Hemos comenzado a entender la historia de San Vicente y del Caguán. Quisiera que escucháramos a uno de estos muchachos que trabajan en el proyecto.

Estudiante Derwin:

Tengo 15 años, hago parte de unas investigaciones sobre nuestro territorio en cultura e historia, a través de entrevistas y documentales con las víctimas. Podemos decir que hemos vivido la historia conociéndola en los que ya la han vivido. Antes yo y mis compañeros teníamos otra perspectiva del municipio, pero al hablar con la gente nos hemos dado cuenta de cuál es la

realidad que nos estaban tapando. Nosotros somos un municipio lleno de esperanzas; las personas nunca han perdido la fe en la paz y en la prosperidad.

Yo creo que no fuimos nosotros los que creamos la mala fama de San Vicente del Caguán, fueron los Medios, sobre todo la televisión, que nunca cuenta la verdad y nos hizo aparecer como un territorio de terror.

AMB:

Debemos dejar de preocuparnos por lo que la gente diga de nosotros, preocupémonos por lo que somos y por lo que podemos decir de nosotros mismos. La mirada distinta es aquella que comienza de nosotros sobre nosotros mismos.

Reina de belleza de San Vicente:

Me gusta mucho oír hablar de la paz como sanvicenteña que soy. Creo que todos debemos aportar algo a la paz; cada uno de nosotros debe hacer cada día algo para que no haya reversa.

Maximiliano, representante de una ZRC:

Gracias por estar aquí. Ver esta paz que estamos viviendo es gozarla. Hace cinco años que dejamos de echarnos plomo. Queremos que todo ande rápido, pero tendremos que aguardar 10 o 15 años para poder hablar del pasado con autoridad.

Las organizaciones sociales exigimos que se nos devuelva lo que nos han quitado.

AMB:

Quiero responder a esta última pregunta con una conclusión general. Creo que el Estado y la sociedad civil tienen una deuda con las víctimas: aclimatar la reconciliación que ha comenzado con el Acuerdo de La Habana, y ello significa crear una atmósfera de confianza entre miembros de las comunidades que han sufrido la guerra. En ellas ha sido introducida la desconfianza a través del terror y ha logrado romper o lastimar de una manera grave los vínculos de solidaridad y convivencia entre sus miembros. Las Bibliotecas Públicas, en la medida en que abren la ventana para que entre la luz de los libros, están contribuyendo a restaurar los vínculos perdidos o afectados.

A MANERA DE CONCLUSIÓN

El testimonio oral de la gente que ha vivido el drama de la violencia, la guerra, el hambre, podría estar creando un núcleo duro que pueda abrirse camino y mirar lejos. Deberíamos interesarnos en crear una escuela de memoria a través de las bibliotecas públicas e ir ampliando chabunque como cuando se tira una atarraya para pescar. Es necesario escuchar, pero hay que escribir y divulgar lo que se recoja. Deberíamos pensar todo como una misma operación: Escuchar, apresar lo escuchado con letras y luego hacerlo conocer de otros y pedirles que hagan lo mismo.

Una de las maneras de defender la paz es reemplazar los fusiles por los libros y estos están ahí, en estas cajas y en estos anaqueles. Si queremos contribuir a sellar la paz, debemos agarrarnos de la tabla que nos está tirando la Red de Bibliotecas Públicas. Las historias orales, escritas y leídas son el principio para reconocernos libres de la guerra sin olvidarla.

Es necesario y es posible salir a mirarnos desde otra perspectiva a través de los libros, libros que también podemos escribir nosotros. La función fundamental de este programa podría ser que la gente al escribir lo que oye, aprenda a leer.